

Clero.—Todavía faltaba hacer monárquico al clero. Ya san Luis había hecho alguna oposición á la dominación papal: Felipe el Hermoso le dió un terrible golpe. En conformidad con las decisiones de los concilios de Constanza y de Basilea, Carlos VII restituyó al clero de Francia el derecho de elegir sus jefes, y abolió los impuestos que pretendía continuar percibiendo Roma: así hizo nacional la iglesia de Francia. Este fué un paso para hacerla real, lo cual verificó Francisco I, obteniendo de Leon X un concordato que le autorizó para nombrar á todos los obispos, abades y beneficiados.

Véase aquí cómo la unidad del territorio tuvo por consecuencia esta centralización de poder que constituyó la monarquía. Subsistía una gran rivalidad en lo interior entre las provincias, y el gobierno central carecía de orden; sin embargo, con un ejército permanente fué posible afianzar la disciplina, introducir el orden con una administración durable, la justicia con magistrados inamovibles, la homogeneidad de la nación con la omnipotencia del rey. La Revolución consumó la obra, y del país más fraccionado formó el más unido de todos.

## CAPÍTULO XI

### INGLATERRA Y ESCOCIA.

El reinado de aquel Eduardo III cuyas empresas contra Francia hemos descrito, duró medio siglo (1327-1377). Había cedido al príncipe Negro su hijo, en recompensa de sus hazañas, la Guyena y la Gascuña, con el título de duque de Aquitania; pero este valiente príncipe murió después de una larga enfermedad, y su desconsolado padre designó para sucederle en el trono á su nieto Ricardo.

Ya hemos hablado de las desgraciadas guerras que sostuvo con Escocia (Libro XII, cap. 24), que lo mismo que las del continente, sólo fueron motivadas por su ambición: sin embargo, halagada la nación con sus victorias y con el espectáculo que se le había dado de dos reyes enemigos prisioneros, soportó sin lanzar una queja onerosos sacrificios; hasta consideró este reinado como el glorioso de su historia, y el en que la antigua caballería hizo su último esfuerzo. Felipa de Hainaut, mujer de Ricardo, sostuvo el honor de su esposo durante su ausencia, y hasta con las armas en la mano. Cuando murió ella, debilitado el rey por los años, se dejó dirigir por Alicia Perrers, que le arrastraba á los placeres y á la indolencia (1369). La nación que veía con disgusto á esta mujer tomar asiento hasta en los tribunales, hizo oír en alta voz sus quejas y la obligó á que se le alejara. Antes de ella cortejó á la hermosa condesa de Salisbury. Cierta día que acababa de perder su liga bailando, la recogió, y para reprimir algunas sonrisas malignas, dijo: *Honni soit qui mal y pense*: luego se la ató á la pierna, añadiendo que más de uno se consideraría feliz con esta insignia. De esta manera fué como instituyó la orden de la Jarretiera, destinada á no conferirse nunca más que á veinte y cinco personas (1).

(1) Crean algunos que esto es un cuento. El monje de

Cuando Eduardo perdió su hijo y sus conquistas de ultramar, se vió despreciado por los suyos, vendido por sus criados. Alicia Perrers que se había acercado á él, viéndole próximo á morir, le quitó del dedo un rico anillo, y se fué; las personas de su servicio se apoderaron de todo lo que pudieron llevarse. No quedó á su lado más que un sacerdote, que le presentó un crucifijo exhortándole á bien morir; besó la imagen del Salvador, rompió á llorar, y dió el último suspiro (1377).

Eduardo III fué el que comenzó la gloria manufacturera de su país, atrayendo á él á los artesanos flamencos. La universidad de Oxford contaba en su reinado treinta mil estudiantes. El odio á los franceses consolidó la nacionalidad inglesa, haciendo olvidar la antigua distinción de normandos y sajones, y se mandó cesar el uso de la lengua francesa tanto en los tribunales como en el parlamento (1362). Empobrecido por sus ambiciosas guerras, forzado á pedir á cada momento subsidios al pueblo, no los obtenía Eduardo sino por concesiones que habían de producir sus frutos en lo futuro. Los tributos pagados bajo diferentes nombres á la corte de Roma, fueron abolidos unos y disminuidos otros; las apelaciones al papa prohibidas, y los señores confirmados en su derecho de conferir los beneficios. Algunas de estas medidas estaban conformes con la independencia, á la cual aspiran las naciones, y los pontífices no opusieron á ello obstáculo; pero en cuanto á lo que concernía á su preponderancia y elección de prelados, opusieron viva resistencia, lo que les enaje-

Cluny, que en 1457 buscaba el origen de esta Orden, no pudo saber sino que se fundó por alguna mujer: *Sunt plerique autumantes, hunc Ordinem exordium sumisse a sexu muliebri*. Hearne's Whethamste, ap. LINGARD.



trizar sus heridas, se ulceraban cada vez más las de Inglaterra, como si todas las miserias que el continente lanzaba de su seno hubieran caído sobre ella.

Durante la minoría del rey, el duque de Gloucester y el cardenal de Winchester, que se disputaban la regencia, se contrariaron en todo, y más aun cuando se trató de elegirle esposa. Venció el cardenal, y le hizo casar con Margarita, hija del buen Renato de Anjú, tan instruida como hermosa, dotada de una gran fuerza de voluntad y de talento, aunque mal quista del pueblo por la circunstancia de ser francesa. Enrique era bueno y virtuoso, si bien más sencillo de lo que á un rey convenia, especialmente débil para la doble corona que pretendia. De consiguiente no tardó Margarita en apoderarse del gobierno, y á fin de orillar todo obstáculo, se resolvió á derrocar al duque de Gloucester. Winchester, que se habia deshecho de Juana de Arco, de la enemiga de los ingleses por medio de un proceso, sometió á otro al duque, acusando á su mujer de magia y á él de traicion. El día en que debia presentar su justificacion se le encontró muerto, y la indignacion pública imputó el delito al anciano duque de Suffolk, favorito del rey y de la reina. Hecho primer ministro Suffolk, gobernó á su albedrío hasta el momento en que la indignacion popular le designó como autor de los desastres experimentados en Francia. El mismo rey le facilitó los medios de fugarse; pero una nave le apresó, y después de haberle hecho juzgar el capitán por sus marinos, le condenó á muerte.

Lejos de que su muerte contribuyera á pacificar á Inglaterra, se desencadenaron allí las discordias con más furor que nunca (1450); y Somerset, que le sucedió en la privanza del rey, heredó tambien el odio del pueblo, quien por orgullo nacional queria vengarse de los descabros experimentados en el continente, y veia con indignacion á una princesa francesa sentada sobre el trono. Ricardo, duque de York, que descendia por su padre del cuarto hijo de Eduardo III, y por su madre de Ana Mortimer, hermana de Edmundo Mortimer, nacido del segundo hijo de Eduardo, pensó en hacer valer, á la sombra de los disturbios, sus derechos á un trono en que se sucedian los reyes para desaprobación cada uno lo que habia hecho su antecesor, inclinando á todo la cabeza el parlamento. Gobernaba Ricardo la Irlanda, cuando un tal Juan Cade, vil criminal, fingiéndose Edmundo Mortimer, reunió una banda de hombres armados y marchó sobre Londres, ocupando la ciudad finalmente; pero habiéndose abandonado sus gentes al saqueo, empuñaron las armas los vecinos, los espulsaron y dieron muerte al mismo Cade. Hízose entender al débil rey que Ricardo de York habia provocado aquella loca empresa á fin de tantear los ánimos por este medio: el resultado de esto fué que, perseguido el duque como rebelde, se llegó á declarar efectivamente en rebeldia completa, si bien atraído páficamente á tener una conferencia

con el rey, no tuvo otra manera de salvar la vida que prestar juramento de obediencia (1452).

En concepto de unos el rey era un imbécil; segun otros, tan devoto ó estudioso, que no conocia ni aún aquella prudencia vulgar, indispensable para ocupar un trono. Por último, cayó en la demencia, y se persuadió á la reina de que debia llamar al concejo de Estado al duque de York, quien en breve llegó á ser árbitro de este cuerpo (1454), y se hizo nombrar por el parlamento protector del reino y defensor de la Iglesia. Apenas hubo recuperado la salud el monarca, anuló este acto, volvió á empuñar las riendas del gobierno y puso otra vez á Somerset á la cabeza de los negocios. Ricardo, que habia huido al país de Gales, no tardó en aparecer de nuevo al frente de un poderoso ejército.

**Las dos Rosas.**—Aquí es donde comienzan las guerras entre la rosa blanca, divisa de los Mortimer, y la rosa encarnada, divisa de los Lancaster; guerras que, segun se dice, costaron la vida á un millon de personas y á ochenta príncipes de la sangre. «Dos hombres, dice un poeta, se levantan por la mañana de un mismo lecho: apenas se dirigen una palabra, y el uno se aleja del otro: éste grita ¡York! aquél ¡Lancaster! y por último cruzan los aceros.

En la batalla de San Albano es muerto Somerset, y Enrique VI herido queda prisionero (1455). Ricardo, que habia atraído á su bando al conde de Salisbury, descendiente de los Plantageneto, y su hijo el conde de Warwick, héroe de esta guerra, se hace declarar protector nuevamente, con la cláusula de que no podrá ser desposeido de esta dignidad sin consentimiento de los pares. Sin embargo, Enrique inmediatamente después de su curacion, se traslada á la cámara y hace que se declare destituido á Ricardo (1456). A una nueva reconciliacion siguense nuevas hostilidades; acusados York y Warwick, toman las armas, el rey es derrotado en Northampton y hecho prisionero (1460). Ricardo hace que declare el dócil parlamento que la corona le pertenece de derecho, pero ya que la tenia Enrique VI, hasta su muerte no volverá á la casa de York.

La reina Margarita que habia huido á Escocia, consiguió reunir un ejército, al cual no pudo pagar sino permitiéndole el saqueo, y en el campo de batalla levantaba horcas para colgar á los vencidos. Ricardo es á su vez derrotado y muerto en Wakefield (30 diciembre), y el conde de Salisbury es decapitado, con los más celosos parciales de la casa de York. La sangre derramada exaspera los odios. Eduardo, hijo de Ricardo, se apoya en la ayuda de Warwick, *artífice de reyes*, baron á la antigua que, conservando las costumbres feudales, daba hospitalidad á todos, alimentaba diariamente á teinta mil personas, consumia seis bueyes en cada comida, cuando tenia casa en Londres: implacable respecto de los nobles, tenia miramientos al pueblo, cuya sangre economizaba en las bata-

llas. Intrépido, aunque sin jactancia caballeresca, ataca á una escuadra de doble fuerza que la suya, pero huye sin avergonzarse.

**Eduardo IV de York.**—Sostenido por su brazo, el duque de York entra en Londres, donde es proclamado rey, no por el parlamento, sino por la poblacion de la capital (1461); y la rosa blanca es enarbolada en todas partes.

Enrique y su familia se habian retirado hácia el Norte, á la cabeza de un fuerte ejército; la sangre continuó corriendo en abundancia. Se combatió en Towton durante dos días, bajo una copiosa nieve, y perecieron allí treinta mil y ocho hombres. (29 marzo) Viendo Warwick ceder á los suyos, mató á su caballo, y besando la cruz de su espada juró participar de la suerte del último soldado. Desde este momento cambió la fortuna. Eduardo prohibió que se diera cuartel á nadie, y recobrando por medio de un delito un trono que habian tenido que abandonar por un delito sus padres, quiere conservarlo con el rigor y con inflexibles venganzas. Mandó que anulara el parlamento los actos de los tres últimos reinados, y proscribir á la familia real y á sus parciales, no menos para espantar á sus enemigos que para proporcionarse los de recompensar á sus amigos.

Prometiéndole Calais, obtuvo Margarita de Luis XI un miserable socorro: favorecian los escoceses su causa, si bien fué de nuevo vencida en Exham. Reducida la infeliz reina á refugiarse con su hijo en la espesura de una selva, fué allí despojada de cuanto tenia por bandoleros; pero mientras se disputaban el reparto de sus joyas, se evadió llevando á su hijo en sus brazos (1454). Movido á compasion otro bandolero, á quien halló en el camino, la condujo á los Países Bajos, desde donde el duque de Borgoña se la envió á su padre. Un año después fué descubierto Enrique VI y encerrado en la torre de Londres; Somerset, decapitado.

Pero el *artífice de reyes* no permaneció por largo tiempo en armonia con Eduardo, especialmente cuando este príncipe puso su confianza en Isabel Woodville, viuda del lord Grey (6), á insi-

(6) El condestable de Inglaterra leyó á lord Grey, que después de haber sido partidario de la casa de York, se habia vuelto contra ella, la sentencia siguiente: «Ralph Grey; tus espuelas de oro serán rotas en tus talones por este pechero: serás degradado de tu nobleza, de tus títulos, de tus armas, de tus dignidades: los reyes y heraldos de armas te desgarrarán tu cota de caballero para vestirse esta infamante túnica con tus armas al revés. Sin embargo, atendido á que tus abuelos padecieron por los suyos, te perdona el rey bajo estas condiciones: irás á pié por medio del pueblo, quien te echará en cara tu infamia hasta la estremidad de la ciudad: allí serás entregado al verdugo, y cuando estés sobre el cadalso te escupirá en el rostro y luego te cortará la cabeza; el tronco será sepultado sin honores por los frailes, y la cabeza colocada donde el rey quiera, para sufrir los ultrajes de los criados fieles, y servir de escarmiento á los que traten de imitarle.»

nuacion de la cual volvieron á sus puestos los parciales de Enrique VI. En un levantamiento del Yorkshire (1469), el padre y el hermano de la reina quedaron muertos con otros muchos nobles; y entonces Warwick, fingiendo defender al rey contra los insurgentes, le detiene prisionero: luego, de acuerdo con el duque de Clarence, hermano del rey, se declaró en contra suya; y reuniéndose á Margarita, entraron en Inglaterra, de donde se vió obligado á huir Eduardo. Volvieron á colocar á Enrique en el trono (1470), si bien como instrumento de ellos. Declarados protectores, atajaron la efusion de sangre.

En breve vuelve Eduardo á la carga, y Clarence, á quien sólo la esperanza del trono habia unido al enemigo, viendo que le es fuerza renunciar á ella, se reconcilia con su hermano. Warwick es muerto en Barnet. Eduardo triunfa, Margarita es vencida y prisionera con el jóven Eduardo en Tewkesbury. *¿Por qué has venido á Inglaterra?* pregunta el rey al jóven príncipe. *Para defender la corona de mi padre y mi herencia*, responde. El rey le abofetea entonces y los asistentes le degüellan. Eduardo, con el apoyo de las mujeres á quienes obsequiaba y de sus parciales, volvió á la capital, donde Enrique pereció en el mismo día, probablemente asesinado: triste fin de un reinado que habia comenzado bajo tan felices auspicios. Margarita estuvo tres años prisionera, y cuando se satisfizo su rescate, fué á terminar sus días en su patria (1482). Las venganzas del rey y de los duques de Clarence y de Gloucester cayeron sobre los parciales de la casa de Lancaster. Perirritado el rey porque el de Clarence se oponia á su justicia, es decir, á los suplicios atroces y á los procesos absurdos, le mandó prender de repente y condenar á la pena capital por traicion; pero antes de que se pudiera ejecutar la sentencia se le encontró ahogado en un tonel de malvasía; género de muerte que habia elegido, segun se dice (1478).

En vez de proporcionar el reposo á un país inundado en sangre, Eduardo prestó oídos á las instigaciones del duque de Borgoña, su cuñado, y concibió el proyecto de conquistar la Francia para repartirla con él. Pero á pesar de su ambicion y del entusiasmo de sus caballeros, que ya se distribuian los feudos del hermoso reino de Francia, la política de Luis XI le indujo á celebrar una tregua, que recibió el nombre de *tregua mercante*, porque se hizo por dinero, el dinero que era el ídolo de Eduardo, quien se lo proporcionaba con forzosos donativos, con impuestos, con especulaciones sobre el estaño, las telas, las lanas. Amaba los placeres y con especialidad los de la mesa, dejando á otros el cuidado de los negocios, y principalmente á Ricardo, duque de Gloucester, hermano suyo. Gallardo de persona, afable, tenia el arte de ganarse el afecto de cuantos se le acercaban, y de hacerse amar de las muelas, ventaja de que abusó. Receloso y cruel, se rodeaba de espías y de suplicios, bajo